

Tolstoi

León Tolstoi

**¿Cuánta tierra  
necesita  
un hombre?**



IN OCTAVO  
2022

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

[inoctavo.com.ar](http://inoctavo.com.ar)

León Tolstoi

# ¿Cuánta tierra necesita un hombre?



IN OCTAVO  
2022

## Noticia

*La cultura occidental no tiene saldadas las cuentas respecto del tema de la ambición. Si se comenta de alguien que es una persona sin ambiciones o escasamente ambiciosa implícitamente se está sugiriendo una falla de carácter. Pero lo mismo ocurre cuando se dice de algún otro que es demasiado ambicioso o que se deja arrastrar por sus ambiciones. ¿Es que existe alguna medida correcta y socialmente aceptable para la ambición? En este caso, ¿quién la determina, y cómo? ¿Esa medida es igual para todos? ¿Qué pensaríamos de un andinista que no ambicionara llegar a la cima? ¿O de un científico que no ambicionara demostrar la validez de su tesis? ¿Acaso hay ambiciones nobles e innobles? Pajóm, el campesino de la estepa rusa que protagoniza este relato, es un hombre ambicioso. La ambición de este mujik es la posesión de tierras, en la que encuentra a la vez seguridad y motivo de orgullo, y por la que se juega entero y limpiamente. El autor sugiere que esa ambición le ha sido dictada por el Diablo.*

*León Tolstoi (1828-1910), uno de los nombres mayores de la literatura de todos los tiempos, fue un aristócrata ruso que tempranamente tomó conciencia de las enormes diferencias que escindían la sociedad de su país, y procuró reflejarlas con realismo en sus escritos. De ese empeño resultaron sus dos grandes no-*

♦ Cuánta tierra necesita un hombre  
*velas* La guerra y la paz (1869) y Ana Karenina (1878). *Atravesado por crisis espirituales no menores, e influido por autores europeos de la época, en particular Arthur Schopenhauer y Pierre-Joseph Proudhon, su visión del mundo fue inclinándose hacia una suerte de anarquismo cristiano, perceptible en el resto de su producción, que incluye cuentos, obras de teatro, y novelas cortas como La muerte de Iván Ilich (1886) y Resurrección (1899).*

*El relato ¿Cuánta tierra necesita un hombre? pertenece a este segundo momento, y apareció originalmente en el tomo XI de las obras de Tolstoi, publicado en 1886, el mismo año en que fue escrito. Se sabe que el novelista James Joyce lo recomendaba a su hija como “uno de los cuentos más grandes de la literatura mundial”, y que el filósofo Ludwig Wittgenstein lo citaba en sus clases. La crítica encontró en esta narración no pocas alusiones evangélicas: “¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?”, dice Jesús a sus discípulos según San Mateo. La versión castellana que aquí presentamos es original de **In Octavo**.*

El editor

**¿Cuánta tierra  
necesita un hombre?**

## I

LA HERMANA MAYOR llegó desde la ciudad para visitar a la menor, que vivía en el campo. La mayor se había casado con un comerciante de la ciudad, la menor con un campesino de la campaña. Mientras tomaban el té, se pusieron a conversar. La hermana mayor comenzó a jactarse y a hablar maravillas de su vida en la ciudad, de sus paseos en un ambiente limpio y espacioso, de las ropas de calidad que vestían sus hijos, de las buenas cosas que había para comer y beber, de los pasatiempos, las fiestas y los teatros.

La hermana menor se sintió ofendida, y se dedicó a su vez a menospreciar la vida del comerciante, y a alabar la del campesino.

—No cambiaría mi vida por la tuya —le dijo—. Es posible que la nuestra sea gris, pero no conocemos el miedo. Es posible que la tuya sea más confortable, pero si bien ganas más que lo que necesitas es

♦ Cuánta tierra necesita un hombre muy probable que acabes perdiendo todo lo que tienes. El proverbio es conocido: la ganancia es hermana de la pérdida. Un día eres rico y al siguiente te encuentras mendigando el pan. La vida del campesino es más segura. No será regalada, pero es larga. Nunca seremos ricos, pero nunca nos faltará qué comer.

Entonces la hermana mayor repuso:

—¡Qué agradable compañía, la de los cerdos y los terneros! ¡Sin elegancia, sin modales! Por mucho que tu buen marido se afane, morirán como han vivido: sobre un montón de estiércol. Y lo mismo les va a ocurrir a tus hijos.

—¿Y con eso? —respondió la menor—. Así es nuestro quehacer. Pero vivimos seguros, no nos inclinamos ante nadie y no tememos a nadie, mientras que ustedes, en la ciudad, están rodeados de tentaciones. Hoy todo parece lindo, pero mañana puede presentarse el Maligno y tentar a tu marido con el juego, con el vino o con alguna mujer. Y todo se hará pedazos. ¿Acaso no pasan estas cosas?

Pajóm, el señor de la casa, escuchaba reclinado contra el hogar lo que decían las mujeres.

—Es verdad, es verdad —dijo—. Atareados desde chicos en el laboreo de la madre tierra, no nos queda tiempo para pensar en tonterías. Nuestra única preocupación es la falta de tierra. ¡Si tuviera tierra suficiente no le temería al mismo Diablo!

Las mujeres acabaron su té, hablaron un rato sobre vestidos, lavaron los platos y se acostaron.

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

Pero el Diablo había estado sentado detrás del hogar, escuchando todo. Le había encantado que la mujer campesina hubiese inducido a su esposo a fanfarronear y que éste dijera que si tuviese tierra suficiente no le temería al mismo Diablo.

“Muy bien”, pensó el Diablo. “Vamos a ver quién gana. Te concederé mucha tierra, y con esa tierra te dominaré.”

## II

CERCA DE LA ALDEA vivía una señora, una pequeña propietaria, dueña de unos 120 acres, y que siempre había vivido en buenos términos con los campesinos, sin perjudicarlos. Hasta que contrató como administrador a un soldado retirado, que se dedicó a agobiar con multas a los campesinos. Por mucho cuidado que pusiera Pajóm, no había forma de evitar que un caballo corriera hacia la avena de la señora, o que una vaca se desviara hacia su jardín o que los terneros lograran introducirse en sus prados, y siempre tenía que pagar una multa.

Pajóm pagaba, pero se quejaba y, al volver a su casa de mal humor, maltrataba a su familia. A lo largo de todo ese verano, Pajóm tuvo muchos problemas con el administrador, y se alegró cuando la llegada del invierno obligó a encerrar el ganado. Aunque lamentó que no pudieran alimentarse en las pasturas, por lo menos ya no tenía que temer por ellos.

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

Durante el invierno, corrió el rumor de que la señora pensaba vender sus tierras, y que el posadero del camino principal se proponía comprarla. Cuando los campesinos se enteraron no ocultaron su alarma. “Bueno”, se dijeron, “si el posadero consigue esas tierras nos va a torturar con multas peor que la señora. No podemos vivir sin estas tierras, todos dependemos de ellas.” Acudieron entonces a la mujer y le pidieron de buena manera que no se las vendiera al posadero, sino que las reservara para ellos. Prometieron pagarle más. Y la señora aceptó.

Los campesinos se reunieron entonces para discutir la compra de la tierra; lo hicieron una o dos veces, pero sin resultado. El Maligno sembraba la discordia entre ellos para que no lograran ponerse de acuerdo. Entonces, los hombres decidieron adquirirla por separado, tanto como cada uno pudiera. La propietaria se mostró conforme.

Pronto se enteró Pajóm que un vecino suyo se proponía comprar veinte acres, y que la señora había aceptado recibir la mitad al contado y la otra mitad un año después. Pajóm sintió envidia: “Van a comprarle toda la tierra, y yo me voy a quedar sin nada”, pensó. Y decidió pedir consejo a su mujer.

—Los demás están comprando —le dijo—, y es necesario que también nosotros nos hagamos de algunas decenas de acres. De otro modo no podremos vivir: ese administrador nos mata con las multas.

Se pusieron a pensar en cómo podrían comprarla. Tenían ahorrados unos cien rublos. Vendieron un

♦ Cuánta tierra necesita un hombre potrillo, y la mitad de sus abejas; pusieron a uno de sus hijos a trabajar, pidieron el resto a un cuñado, y así reunieron la mitad de la suma para la compra.

Pajóm tomó el dinero, eligió el predio de su gusto, unos quince acres con un bosque, y acudió a la mujer para negociar. Con un apretón de manos y el pago de una seña cerraron el trato sobre los quince acres. Fueron entonces a la ciudad, firmaron la escritura de venta, y él pagó la mitad del precio convenido y prometió saldar el resto en el plazo de dos años.

Pajóm tuvo por fin su propia tierra. Pidió semillas en préstamo, y las sembró en la tierra comprada. La cosecha fue buena. Al cabo de un año pudo pagar sus deudas tanto con la señora como con su cuñado. Y Pajóm se convirtió en propietario: labraba y sembraba su tierra, segaba las mieses de su tierra, talaba los árboles de su tierra, y pastaba el ganado en su tierra. Cuando salía a trabajar la tierra, o a observar los brotes, o a contemplar el campo, el corazón le saltaba de contento. Le parecía que la hierba que crecía en ella y las flores que allí florecían eran diferentes de cualquier otra. Antes, cuando recorría esas tierras, las veía iguales a todas, pero ahora le parecían totalmente distintas.

### III

PAJÓM ESTABA MUY CONTENTO con su vida. Y todo habría seguido bien si los campesinos vecinos no hubiesen invadido sus maizales y sus praderas. Se los hizo notar con toda amabilidad, pero siguieron haciendo de las suyas: Los pastores dejaban que sus vacas entraran en el campo, y los caballos pastaban de noche en los sembrados. Pajóm los espantaba una y otra vez, y perdonaba a sus dueños, y durante mucho tiempo se abstuvo de denunciarlos. Pero al final se le agotó la paciencia y se quejó ante la Comunidad. Sabía que los campesinos obraban de ese modo por necesidad, no con mala intención, pero pensó: “No puedo hacerme el desentendido porque van a destruir todo lo que tengo. Es necesario darles una lección.”

Entonces, con ayuda del Tribunal, dio una lección y otra lección, multó a uno y multó a otro. Al tiempo, los vecinos de Pajóm comenzaron a cobrarle inquina, y una y otra vez dejaban que el ganado en-

♦ Cuánta tierra necesita un hombre trara a sus tierras, pero ahora a propósito. Uno se metió una noche en el bosque y talo una decena de tilos para llevarse la corteza. Pajóm pasó por el bosque un día y advirtió un claro. Se acercó, encontró los troncos pelados caídos junto a los tocones, y se enardeció. Si hubiera cortado los de los bordes, uno aquí y otro allá, pero el muy villano había limpiado una fila completa. “Si llego a descubrir quién hizo esto, se lo haré pagar”, pensaba enfurecido.

Le dio mil vueltas en la cabeza, hasta que concluyó: “Debe haber sido Semka, no puede ser otro que él.” Entonces fue a la casa de Semka para revisar sus terrenos pero no encontró nada, y sólo consiguió encender una discusión airada. Sin embargo, quedó más convencido que antes de que Semyon había sido el culpable, y lo denunció. Semyon fue llamado a declarar. Fue juzgado y vuelto a juzgar, y finalmente quedó absuelto por falta de pruebas. Pajóm se sintió doblemente agraviado, y descargó su ira contra el presidente del tribunal y los jueces.

—Ustedes —les dijo—, comen de la mano de los ladrones. Si fueran honestos, no dejarían en libertad a un ladrón

Pajóm acabó en malos términos a la vez con los jueces y con sus vecinos. Comenzaron a amenazar con quemarle la casa. Pajóm gozaba de más espacio para trabajar la tierra, pero tenía menos espacio en el mundo.

Por entonces comenzó a circular el rumor de que mucha gente planeaba mudarse a otros sitios.

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

“No tengo ninguna necesidad de abandonar mi tierra”, pensó Pajóm. “Pero si algunos de los nuestros se fueran, quedaría más lugar para nosotros. Me haría cargo de sus tierras, y las incorporaría a mi finca. Viviríamos más cómodos. Así como están las cosas, me siento todavía demasiado apretado.”

Un día se encontraba Pajóm sentado en su casa cuando acertó a pasar un campesino que venía atravesando la aldea. Lo invitaron a hacer noche, le dieron de comer, y conversaron con él, preguntándole de dónde lo traían esos caminos de Dios. El extranjero dijo que venía desde más allá del Volga, donde había estado trabajando. Una cosa llevó a la otra, y el hombre les contó que mucha gente se estaba radicando en esos lugares. Les dijo que personas de su aldea se habían afincado allí. Que se habían incorporado a la Comuna y recibido veinticinco hectáreas por cabeza.

—Y la tierra es tan rica —agregó— que el centeno allí sembrado alcanza la altura de un caballo. y tan denso que cinco cortes con la hoz arman una gavilla. Un campesino que había llegado con las manos vacías —les dijo—, ya era propietario de seis caballos y dos vacas.

El corazón de Pajóm ardió de ambición. Se dijo: “¿Por qué vivir en la pobreza cuando se puede vivir bien? Venderé esta tierra y esta finca, y con el dinero iré allá y empezaré de nuevo. En este lugar estrecho no hay más que problemas. Pero primero debo ir y ver las cosas por mí mismo.”

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

Con la llegada del verano, recogió sus cosas y partió. Navegó por el Volga en un vapor hasta Samara, y después caminó unos cuatrocientos kilómetros. Al llegar, vio que todo era como se lo habían dicho. Los campesinos vivían holgadamente, recibían hasta diez hectáreas por cabeza y eran bien acogidos en la comunidad. Y si alguien tenía dinero podía comprar, además de esa asignación, toda la tierra que quisiera, tierra de la mejor calidad, a tres rublos y para siempre. ¡Toda la tierra que quisiera!

Pajóm hizo todas las averiguaciones, regresó a su casa para el otoño y comenzó a vender todo. Vendió su tierra con ganancias, vendió su finca, todo su ganado, se despidió de la comunidad, esperó la llegada de la primavera y partió con su familia hacia su nuevo lugar de residencia.

## IV

EN CUANTO PAJÓM LLEGÓ a destino con su familia, se incorporó a la comunidad de una gran aldea, ofreció bebidas a los ancianos, y puso todos los papeles en orden. Le otorgaron cinco parcelas de tierra comunal para él y sus hijos, unos cincuenta acres, aunque no contiguos, además del uso de las pasturas comunes. Pajón construyó, trajo ganado. Poseía ahora el triple de tierra, buena tierra de labranza. Su situación era diez veces mejor. Tenía tierra de cultivo y de pastura en abundancia, y podía reunir tantas cabezas de ganado como quisiera.

Al principio, mientras construía y se ponía en marcha, Pajón se sentía contento. Pero en cuanto se estableció, empezó a pensar que ni siquiera aquí disponía de tierra suficiente. Durante el primer año, sembró trigo en su parte de la tierra comunal, y consiguió una buena cosecha. Quiso seguir sembrando trigo, pero no podía utilizar la tierra comunal de que disponía porque allí el trigo sólo se sembraba en te-

♦ Cuánta tierra necesita un hombre rreno virgen o en barbecho. Se sembraba uno o dos años, y después se dejaba en barbecho hasta que volvía a cubrirse de pasturas.

Muchos querían esas tierras, pero no había para todos, y la gente se las disputaba. Los más acomodados las querían para sembrar trigo, y los más pobres las querían para cederlas a comerciantes que las arrendaban y conseguir así dinero para pagar los impuestos. Pajóm quería sembrar más, de modo que acudió a un comerciante y arrendó tierras por un año. Sembró mucho trigo y tuvo una excelente cosecha. Pero esa tierra estaba muy lejos de la aldea, y le obligaba a acarrear el trigo más de veinte kilómetros.

Advirtió entonces que en la zona se enriquecían los campesinos que vivían en sus propias granjas. “Si yo comprara tierras”, pensó Pajóm, “y construyera en ellas una granja tendría todo reunido en un mismo lugar.” Y la compra de tierras propias se convirtió para él en una obsesión.

Así siguió durante tres años, arrendando tierras y sembrando trigo. Las temporadas fueron buenas, las cosechas abundantes, y el barbecho marchó. Vivía bien, pero a Pajóm le fastidiaba tener que arrendar tierras todos los años, y competir por ellas. Cada vez que se ofrecía un buen terreno, los campesinos se lo disputaban de inmediato y nada quedaba disponible. Si no actuaba rápidamente, no tenía dónde sembrar.

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

Sucedió al tercer año que junto con un comerciante arrendó tierras a unos campesinos. Y cuando ya habían arado, éstos hicieron una demanda, las cosas salieron mal y se perdió todo el trabajo. “Si tuviera mi propia tierra”, pensó Pajóm, “no debería rendir cuentas a nadie ni me acusarían de nada.”

Entonces Pajóm se puso a averiguar dónde había tierras en venta. Y las encontró. Un campesino había comprado quinientos acres, pero quebró y estaba dispuesto a venderlos barato. Pajóm trabó una buena relación con él, le habló y le habló, y finalmente se pusieron de acuerdo en mil quinientos rublos, mitad al contado y mitad a pagar.

El trato estaba prácticamente cerrado cuando, un buen día, un comerciante que estaba de paso se detuvo en la finca de Pajóm para reponer fuerzas. Tomaron té y conversaron. El comerciante le dijo que venía de regreso de la lejana comarca de los baskires. Allí, contó, había comprado cinco mil acres por sólo mil rublos. Pajóm comenzó a interrogarlo, y el comerciante le dijo:

—Sólo hay que granjearse la buena voluntad de los jefes. Les regalé unos cien rublos de batas y alfombras, además de una caja de té, ofrecí vino a quien quisiese beberlo, y conseguí la tierra a veinte *kopeks* el acre —dijo mostrando la factura de la venta—. La tierra se extiende a lo largo del río, y está cubierta de pasturas.

Pajóm lo apremió con más preguntas, y el comerciante siguió:

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

—Hay más tierra que la que podrías recorrer en todo un año, y toda pertenece a los baskires. Y esa gente es ingenua como las ovejas. Casi puedes tomarlas gratis.

“Bueno”, reflexionó Pajóm. “¿Por qué, con mis mil rublos, debería comprar quinientos acres y echarme además una deuda al cuello si con estos mismos mil rublos puedo tomar posesión de mucho más?”

## V

PAJÓM PREGUNTÓ CÓMO LLEGAR hasta esas comarcas, y en cuanto despidió al comerciante se dispuso a partir él mismo. Dejó la finca al cuidado de su mujer, y acompañado de un mozo emprendió viaje. En el camino se detuvieron en una ciudad y compraron una caja de té, algo de vino y otros regalos, tal como le había aconsejado el comerciante. Anduvieron y anduvieron hasta cubrir unos quinientos kilómetros, y al séptimo día llegaron al lugar donde los baskires habían levantando sus tiendas.

Todo era tal cual lo había descripto el comerciante. Todos vivían en la estepa, junto al río, en tiendas de fieltro. No araban la tierra ni comían pan. Su ganado y sus caballos pastaban en rebaños. Ataban los potros detrás de las tiendas, y les llevaban las yeguas dos veces al día. Ordeñaban las yeguas y con la leche hacían *kumis*. Eran las mujeres las que preparaban el *kumis*, y también elaboraban queso. En cuanto a los hombres, se limitan a beber *kumis* y té,

♦ Cuánta tierra necesita un hombre comer cordero, y tocar la flauta. Era todo lo que les importaba. Todos estaban tranquilos y contentos, y así pasaban el verano sin hacer nada. Eran totalmente ignorantes y no hablaban ruso, pero parecían gente amable.

En cuanto vieron a Pajóm, los baskires salieron de sus tiendas y rodearon al visitante. Apareció un intérprete, y Pajóm les dijo que había venido en busca de tierras. Los baskires parecieron complacidos, acogieron a Pajóm, lo condujeron a una de sus mejores tiendas, lo acomodaron sobre unas alfombras, lo rodearon de cojines, se sentaron en círculo y le convidaron te y kumis. Sacrificaron un cordero, y le ofrecieron su carne para comer. Pajóm sacó los regalos que había llevado en su carreta, y los distribuyó entre los baskires, que se mostraron encantados. Conversaron mucho entre ellos, y luego pidieron al intérprete que tradujera.

—Quieren que sepas —le dijo— que están muy contentos contigo, y que es nuestra costumbre complacer a nuestros invitados, y retribuirles sus regalos. Tú nos has hecho regalos. Ahora dinos: ¿qué es lo que aprecias de nuestras posesiones para que podamos ofrecértelo?

—Lo que más me ha gustado —repuso Pajóm— es la tierra. Nuestra tierra está muy poblada, y los suelos agotados, pero vosotros tenéis mucha tierra, y es buena tierra. Nunca he visto nada igual.

El intérprete tradujo. Nuevamente los baskires se embarcaron en una animada conversación. Pajóm

♦ Cuánta tierra necesita un hombre no entendía lo que decían, pero vio que parecían divertirse, gritaban y se reían. Finalmente se tranquilizaron y miraron a Pajóm mientras la intérprete decía:

—Quieren que sepas que gustosamente están dispuestos a recompensar tu generosidad y concederte tanta tierra como quieras. Sólo tienes que señalar con la mano la que has elegido.

Los baskires volvieron a conversar entre ellos, y la conversación se convirtió en discusión. Pajóm preguntó cuál era el motivo de la disputa, y el traductor dijo:

—Algunos insisten en que deberían consultar al jefe sobre la cuestión de la tierra, y no actuar sin su consentimiento, y otros consideran que tal cosa no es necesaria.

## VI

MIENTRAS DISCUTÍAN, se presentó un hombre con un sombrero de piel de zorro. Todos los baskires hicieron silencio y se pusieron de pie. El traductor dijo:

—Este es nuestro jefe.

Entonces Pajóm buscó la mejor bata que llevaba consigo y más de cinco libras de té, y se las ofreció. El jefe las aceptó, y se sentó en el lugar de honor. De inmediato, los baskires comenzaron a contarle algo. El jefe los escuchó durante un buen rato, al cabo hizo un gesto con la cabeza para silenciarlos, y dirigiéndose a Pajóm comenzó a hablarle en ruso.

—Muy bien —dijo—, sea. Toma la tierra que quieras. Hay mucha.

“¿Cómo es eso de tomar toda la tierra que quiera?”, se preguntó Pajóm. “Primero me dirán ‘es tuya’, y luego podrán quitármela.”

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

—Gracias por tus amables palabras —respondió—. Después de todo, vosotros tenéis mucha tierra y yo sólo necesito un poco. Pero me gustaría estar seguro de qué pedazo es mío. ¿No sería posible medirlo y asignármela? La voluntad de Dios decide sobre la vida y la muerte. Vosotros sois buena gente y me dais la tierra, pero algún día vuestros hijos podrían reclamármela.

—Estás en lo cierto —reconoció el jefe—. Te la asignaremos.

—Me enteré de que por aquí anduvo un comerciante —siguió diciendo Pajóm—, al que también le disteis un poco de tierra, y le hicisteis una escritura de venta. Me gustaría que se hiciera lo mismo conmigo.

El jefe lo entendió perfectamente.

—Podemos hacerlo —dijo—. Tenemos quién la escriba, e iremos a la ciudad y haremos que le pongan todos los sellos.

—¿Y cuál será el precio? —preguntó Pajóm.

—Nosotros tenemos un único precio: mil rublos por día.

Pajóm no entendió.

—¿Un día? ¿Qué clase de medida es ésa? ¿Cuántos acres tiene?

—No sabríamos calcularlo —explicó el jefe—. Vendemos por día; todo lo que puedas recorrer caminando en un día es tuyo, y el precio de un día es de mil rublos.

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

Pajóm se sorprendió.

—Bueno —dijo—, pero en un día se puede recorrer mucha tierra...

El jefe se rió.

—¡Toda tuya! —le respondió—. Pero con una sola condición: si no regresas en el día al lugar de donde partiste, habrás perdido tu dinero.

—¿Pero cómo voy a dejar marcado el lugar por donde pase? —preguntó Pajóm.

—Iremos al lugar que más te guste, y allí nos quedaremos. Desde ese punto empiezas tu recorrido, pero lleva una pala contigo. Donde lo creas necesario deja una marca. A cada cambio de dirección cava un hoyo, y deja el montón de tierra. Nosotros iremos después de un hoyo a otro con un arado. Puedes hacer el recorrido tan amplio como quieras, pero antes de que el sol se ponga debes regresar al punto de partida. Toda la tierra que hayas cubierto será tuya.

Pajóm quedó encantado. Se decidió comenzar desde temprano a la mañana siguiente. Conversaron un rato, bebieron kumis, comieron cordero, tomaron más té, y así llegó la noche. Le dieron a Pajóm un colchón de plumas donde dormir, y los baskires se dispersaron, no sin antes prometer que volverían a reunirse al amanecer y cabalgar hasta el lugar elegido antes de la salida del sol.

## VII

PAJÓM SE ACOSTÓ en el lecho de plumas, pero no logró dormir. Pensaba y pensaba en la tierra.

“¡Cuánta extensión de terreno voy a poder marcar!”, imaginaba. “En un día puedo hacer fácilmente cincuenta kilómetros. Los días son más largos en esta época del año, y un perímetro de cincuenta kilómetros encierra un montón de tierra. Venderé los terrenos más pobres, o los cederé a los campesinos, y me reservaré los mejores para cultivar. Unos ciento cincuenta acres para la siembra y el resto para pastura del ganado.”

Pajóm no pegó un ojo en toda la noche, y se adormeció apenas antes del amanecer. No bien se cerraron sus ojos tuvo un sueño. Soñó que estaba recostado en esa misma tienda, y que escuchaba a alguien que se reía afuera. Intrigado, se levantó y salió, y se encontró con el jefe baskir sentado frente a la tienda que se tomaba el vientre con las manos y se retorció de la risa. Pajóm se le acercó y le preguntó: “¿De qué

♦ Cuánta tierra necesita un hombre te ríes?” Pero entonces vio que ya no era el jefe, sino el comerciante que poco tiempo antes se había detenido en su casa y le había contado lo de la tierra. Y tan pronto como le preguntó: “¿Hace mucho que estás aquí?” se dio cuenta de que ya no era el comerciante sino aquel campesino que hacía mucho tiempo había llegado desde el Volga a la antigua casa de Pajóm. Pero enseguida notó que ya no era tampoco el campesino sino el mismísimo Diablo, con cuernos y pezuñas, allí sentado y riéndose, y postrado delante de él había un hombre descalzo, apenas vestido con camisa y pantalón. Y Pajóm soñó que se acercó a mirar para ver de quién se trataba, y entonces advirtió que ese hombre era él mismo y que estaba muerto. Se despertó aterrorizado.

“¡Las cosas que sueña uno!”, se dijo.

Miró a su alrededor y vio por la abertura de la puerta que estaba rompiendo el alba.

“Hay que despertar a esta gente”, pensó. “Ya es hora de partir.”

Se levantó, despertó al muchacho (que dormía en la carreta), le ordenó que pusiera los arneses, y fue a llamar a los baskires.

—Es hora de ir a la estepa a medir —les dijo.

Los baskires se levantaron y se reunieron, y enseguida llegó el jefe. Nuevamente se pusieron a beber kumis y le ofrecieron té a Pajóm, pero éste no aceptó porque no quería esperar.

—Si vamos a salir, salgamos —les dijo—. Ya es tiempo.

## VIII

LOS BASKIRES SE APRONTARON, algunos montaron a sus caballos, otros subieron a sus carretas, y emprendieron la marcha. Pajóm y su ayudante fueron en su pequeño carro, y llevaron una pala consigo. Cuando llegaron a la estepa, el día comenzaba a clarear. Se dirigieron hacia una loma, que los baskires llaman *shiján*, y todos hicieron pie a tierra y se congregaron en un punto. El jefe se acercó a Pajóm y extendió su mano hacia la planicie.

—Esto —le dijo—, hasta donde alcance tu mirada, es nuestro. Puedes tomar lo que quieras.

A Pajóm le brillaban los ojos. Era toda tierra virgen, llana como la palma de la mano, negra como la amapola, y en los bajos, hierbas que crecían hasta la altura del pecho.

El jefe se quitó el sombrero de zorro y lo depositó en el suelo.

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

—Aquí —dijo— estará la marca. Parte de aquí, y vuelve aquí. Toda la tierra que logres rodear será tuya.

Pajóm sacó su dinero y lo colocó en el sombrero. Se quitó el caftán, y quedó con un chaleco interior, se ciñó el bajo vientre con una faja, colocó una bolsita de pan dentro del chaleco y ató a la faja una cantimplora con agua, se afirmó las botas, y se dispuso a partir. Por un momento dudó sobre qué dirección tomar: todo parecía bueno.

“Da lo mismo”, resolvió. “Iré hacia donde nace el sol.”

Se paró mirando hacia el oriente, cruzó los brazos, y esperó que el sol asomara en el cielo.

“No debo perder tiempo”, se dijo. “Es más fácil andar ahora que está fresco.”

Tan pronto como el sol brilló sobre el horizonte, Pajóm se echó la pala al hombro y se dirigió hacia la estepa.

No anduvo ni muy lento ni muy rápido. Después de haber recorrido unos dos kilómetros se detuvo, cavó un hoyo, y amontonó la tierra para hacerlo más visible. Siguió andando, ahora ya entrado en calor, con paso más elástico. Al cabo de un tiempo, cavó otro hoyo.

Pajóm miró hacia atrás. La loma era claramente visible bajo la luz del sol, con la gente de pie, y las ruedas brillantes de los carros. Calculó que había

♦ Cuánta tierra necesita un hombre recorrido unos cinco kilómetros. Empezaba a hacer calor: se quitó el chaleco, se lo echó al hombro, y siguió adelante. Anduvo otros cinco kilómetros. El calor comenzaba a apretar. Miró la altura del sol, y decidió que era hora de desayunar.

“Ya cumplí un turno”, pensó, “pero el día tiene cuatro y es demasiado pronto para dar la vuelta. Voy a aligerarme.”

Se sentó, se quitó las botas, se las ató a la faja, y siguió adelante. La marcha parecía más fácil.

“Haré otros cinco kilómetros, y luego doblaré a la izquierda. El lugar es tan bueno que sería una pena perderlo. Cuanto más se avanza, mejor parece.”

Siguió avanzando, y cuando volvió la mirada, la loma era apenas visible, la gente ya era sólo puntitos negros, y algo brillaba levemente al sol.

“Bueno”, pensó Pajóm, “ya avancé lo suficiente en esta dirección, es hora de doblar. Además transpiré demasiado, y tengo sed.”

Se detuvo, cavó un hoyo más grande, y amontonó la tierra. Desató la cantimplora, bebió, y giró drásticamente hacia la izquierda. Anduvo y anduvo, la hierba se hizo más alta y el calor más intenso.

En un momento, comenzó a sentirse cansado; miró al sol y notó que ya era el mediodía.

“Bueno”, pensó, “creo que necesito un descanso.”

Se detuvo y se sentó. Comió algo de pan y bebió un poco de agua, pero no se acostó por temor de que-

♦ Cuánta tierra necesita un hombre darse dormido. Permaneció un rato sentado, y reanudó la marcha. Al principio lo hizo con facilidad: la comida le había dado fuerzas; pero cada vez hacía más calor, y se sentía somnoliento. Sin embargo, siguió caminando, mientras pensaba: “Aguantar una hora para vivir una vida”.

Caminó mucho en esa dirección y ya estaba por doblar nuevamente a la izquierda cuando advirtió un bajo húmedo. “Sería una pena dejar eso afuera”, pensó. “El lino crecería muy bien aquí”. Y siguió avanzando hasta rodear el bajo, cavó un hoyo y cambió nuevamente de rumbo. Pajóm volvió a mirar hacia la loma. El aire se había vuelto brumoso por el calor, parecía temblar, y por entre la bruma apenas si se lograba ver a la gente del shiján. Estarían a unos quince kilómetros.

“Bueno”, admitió Pajóm, “tracé los dos lados muy largos. Necesito que este sea más corto.”

Y comenzó a recorrer el tercer lado, con paso más rápido. Miró hacia el sol, que ya se acercaba a la media tarde, y todavía no había hecho dos kilómetros. Se encontraba a más de diez de la meta.

“No”, se dijo, “aunque mi parcela se vea irregular, ahora debo andar rápidamente y en línea recta. Podría alejarme demasiado, y ya tengo tierra suficiente”

Entonces Pajóm cavó un hoyo, y partió en dirección al shiján.

## IX

PAJÓM CAMINÓ EN LÍNEA RECTA hacia la loma, pero la marcha comenzó a volverse difícil, abrumado por el calor, con cortes y magulladuras en los pies descalzos, y las piernas cada vez más débiles. Habría querido descansar, pero eso era imposible si quería llegar al atardecer. El sol no espera, y cada vez estaba más y más bajo.

“Ay”, pensó. “¿No me habré equivocado, pretendiendo abarcar mucho? ¿Y si llego tarde?”

Miró hacia el shiján, miró al sol. Todavía estaba lejos de su meta, y el sol iba llegando a su ocaso. Pajóm caminó y caminó; le costaba, pero apretó el paso. Siguió caminando, pero todavía estaba muy lejos. Se largó a correr, tiró el abrigo, las botas, la cantimplora, el sombrero, y sólo se quedó con la pala que usaba a veces para sostenerse.

“Ay”, se lamentó, “he sido codicioso, y lo he arruinado todo. No llegaré antes de que se ponga el sol.”

♦ Cuánta tierra necesita un hombre

Y para peor, el miedo le quitó el aliento. Pajóm siguió corriendo; la camisa y los pantalones se le pegaban al cuerpo por el sudor, y tenía la boca seca. El pecho le trabajaba como el fuelle de un herrero, el corazón latía a martillazos y las piernas se le aflojaban como si ya no fueran suyas. “¿Y si muero en el esfuerzo?”, se preguntó con terror.

Tenía miedo de morir, pero no podía parar. “Después de correr todo lo que corrí”, pensó, “si me detengo ahora van a decir que soy un tonto.” Y corrió, corrió y corrió, y ya estaba tan cerca que podía escuchar a los baskires que gritaban y lo aclamaban, y esos gritos inflamaron su corazón todavía más. Reunió sus últimas fuerzas y siguió corriendo.

El sol ya se acercaba al horizonte, y envuelto en la niebla parecía más grande, rojo, ensangrentado. ¡Ya, sí, ahora, llegaba al filo del ocaso! El sol descendía, es cierto, pero él ya estaba cerca de la meta. Pajóm podía ver a la gente en la loma que agitaba los brazos instándolo a continuar. Podía ver el sombrero de zorro en el suelo y el dinero sobre él; también pudo ver al jefe, sentado en el suelo, tomándose el vientre con las manos. Y entonces recordó su sueño.

“Hay mucha tierra”, reflexionó, “¿pero me permitiré Dios vivir en ella? Oh, arruiné mi vida. Nunca podré lograrlo.”

Pajóm miró al sol, que ya había comenzado a ponerse y mostraba el borde cortado en arco. Se lanzó a la carrera con sus últimas fuerzas, inclinándose a

♦ Cuánta tierra necesita un hombre tal punto el cuerpo hacia adelante que sus piernas tuvieron que esforzarse para evitar que cayera. Justo cuando alcanzaba la loma, todo se oscureció. Volvió la mirada, y el sol ya se había puesto. Jadeando, gritó: “Allí se fueron todos mis trabajos”.

Quiso detenerse, pero oyó que los baskires seguían gritando, y comprendió que si bien a él, desde abajo, le parecía que el sol se había puesto, desde lo alto del shiján todavía seguían viéndolo. Tomó aire y trepó corriendo. Allí todavía había luz. Llegó a la cima y vio el sombrero. Junto a él, el jefe que se tomaba la barriga y se reía. Pajóm recordó su sueño, lanzó un gemido, se le doblaron las piernas y cayó hacia adelante, alcanzando el sombrero con las manos.

—¡Eh, muy bien! —exclamó el jefe—. ¡Conseguiste un montón de tierra!

El ayudante de Pajóm corrió hacia él y trató de incorporarlo, pero vio que le salía sangre de la boca y yacía muerto.

Los baskires chasquearon la lengua en señal de respeto.

El mozo tomó la pala, cavó una fosa para Pajóm, y le dio sepultura. Dos metros de pies a cabeza fue todo lo que necesitó.

*¿Cuánta tierra necesita un hombre?*

por León Tolstoi

Título original

Много ли человеку земли нужно (1986)

Versión castellana y notas

© In Octavo, 2022